

Era el suelo de fina arena, y el campo estaba por ambas partes vestido de verde césped, y matizado con la blanca azucena, con el cárdeno lirio y la olorosa clavellina, aunque se veía en algunos trechos la amarga adelfa, la humilde escabiosa y la purpúrea adormidera, como para denotar que aquel sitio lo era de luto y llanto. Había al extremo de esta calle un cenador ovalado, que tenía al rededor un cerco de altos tejos, y en medio un fúnebre monumento, construido de grandes piedras, toscamente labradas y cubiertas de delicado musgo. Algunos tuyas rodeaban el túmulo, en forma de candeleros, y tres grandes y hojosos sauces lo cubrían con la sombra de sus jurtas y caidas ramas. Las palabras de nuestra conductora, aquel lóbrego y escondido retiro, el respetable aspecto del sepulcro campestre, el misterioso silencio que se guardaba en todo aquel contorno, el involunta-

rio recuerdo de los pasados acontecimientos, y el penoso presentimiento de los venideros, todo contribuía á inspirarnos un respeto religioso, acompañado de terror y de compasion. Pero estos confusos afectos, que es mas fácil sentir que esplicar, se trocaron en amargo dolor, cuando habiéndose arrodillado los hijos de la huéspeda delante del túmulo, vimos una lisa lápida, en que aun no habíamos reparado, la cual tenía esta triste y patética inscripcion:

A LA MEMORIA DE LUIS XVI,

DE MARÍA ANTONIETA

Y

DE MARÍA ISABEL,

VÍCTIMAS DE LA TIRANÍA.

Carlos, fuera de sí y medio desmayado, se arrojó con los brazos abiertos



á las gradas del monumento, abrazándolo, y besando en medio de los sollozos aquellas venerables y crueles palabras, que bañó en lágrimas. Segun eran dolorosos sus arrebatos, convulsiva su angustia, dilatados sus suspiros é interrumpidos sus clamores, parecía que quisiera hacer pasar su alma al sepulcro. Una violenta conmoción le enagenó; y pudiendo mas que la prudencia, porque le hacía oír la voz de la sangre, y renovaba al mismo tiempo sus llagas, le obligó á esclamar: *Papá mio!.... mamá mia!.... querida tía!....* Y luego añadió, despues de haber reflexionado un poco: *¿qué será de vuestro desdichado hijo?....* Inmutóse de pronto nuestra huéspedá, y quedó como asombrada; sus hijos mezclaron su llanto con el del real huérfano; el general, reclinado sobre un ángulo del túmulo, procuraba disimular su sentimiento; y yo, contemplando en pié esta dolorosa escena,

levantaba de cuando en cuando la vista al cielo, como para reconvenirle por lo que motivaba mi pena. Ya no era posible guardar el secreto, pues este acaso lo acababa de descubrir. Por tanto Charette cogió de la mano á la huéspedá, y señalándole con la suya á Cárlos, que seguía abrazado del túmulo; Vd. merecía, le dijo, que se le hubiese confiado lo mismo que acaba de saber por una casualidad; pero los infelices deben ser siempre reservados. Este niño, señora, que he puesto en manos de Vd. y que encargo á su cuidado, es el único vástago de esa respetable familia. Por ser hijo y legítimo heredero de un rey que ya no existe, es tambien rey; y con esto creo haberme explicado bastante. — En tanto que duró este discurso, estuvo inmóvil aquella muger, callada y sobrecogida de pasmo y asombro, hasta que rompiendo por fin el silencio, exclamó: Providencia! ó eter-



na y profunda sabiduría de Dios! ¡Por qué medios tan incomprensibles has dispuesto los acontecimientos que nos separaron un día, y los que ahora nos reunen! — Dirigiéndose después al hijo de Luis, y tomándole en brazos, continuó diciendo: Querido Carlos, ¿es posible que el tiempo, las enfermedades y las desgracias, nos hayan desfigurado de tal manera, que ya no nos conociéramos el uno al otro? Mas qué digo? añadió mirándole con atención, ya me voy acordando de su semblante. Sí, estos son aquellos azulados ojos, en que resplandece su carácter apacible aun en medio de las lágrimas; esta es su candida y serena frente, donde reside la magestad y la sencillez; estos los rubios cabellos, rizados por la misma naturaleza para el mayor adorno de una cabeza tan linda... y proscrita! Ay, amado hijo! ya que á pesar de los vestigios de tus infortunios, reconozco á mi au-

gusto alumno, tu corazón, á falta de los ojos, ¿no te dice que soy tu cariñosa aya, la duquesa de V\*\*\*\*\*?

Era ella en efecto, que habiendo escapado de las prisiones del terror, indujo á su esposo á vender los restos de su hacienda, para buscar lejos del estrago de la tempestad un asilo en que pudiesen libertarse de ella. Se embarcaron en Paimbœuf para pasar á Inglaterra, y un golpe de mar los precisó á embestir en la isleta, donde solo habitaba á la sazón un viejo ermitaño, que subsistía de las limosnas de algunas personas caritativas. Madama de\*\*\*\*\* y su esposo, tan contentos como sorprendidos por haber hallado casualmente lo que en vano hubieran buscado con mucho trabajo, se resolvieron á vivir en aquella alegre y pacífica morada que el cielo les deparaba. Adquirieron cuanto necesitaban para su nuevo domicilio, haciendo algunos viages al continente,



y recurrieron en uno de ellos al señor de Charette para cierta solicitud; pero el general no los conoció por su sencillo traje, propio en la realidad de unos aldeanos. En los diez y ocho meses que estuvieron en la isla con sus hijos, reedificaron la choza del ermitaño que había muerto; y como tenían una razonable cantidad de dinero, pasaban los días tranquilos en una dichosa ociosidad, ocupando el tiempo en la lectura, en algunas tareas del campo, aunque poco pesadas, y educando á su familia. Un antiguo criado y su muger eran sus únicos commensales, y al mismo tiempo sus amigos, etc.... » —

Este pasage de la relacion, que explica circunstanciadamente el modo con que el hijo de Luis se separó de la compañía de Charette y de Felzac, el regreso de estos á Fontenay, y algunas particularidades personales, no me ha parecido tan á propósito para escitar el

interes de los lectores, como lo que antecede. Por esto, despues de haber indicado brevemente lo que en aquella época sucedió en Paris, relativo á esta materia, concluiré la presente historia con el final de la relacion de Felzac.

Muchos meses había que los representantes enviados al ejército de poniente, de cuyo número eran los que Felzac ha mencionado ántes, intentaban entablar negociaciones con los insurgentes, para ajustar algunas treguas, de que resultase la paz. Entraba esta indispensablemente en el plan del Gobierno, que iba tomando sus medidas para que la república estuviese debajo de una administracion constitucional, y se consolidase de este modo sobre fundamentos firmes y estables. El espía, que se había dejado prender de propósito, estaba encargado de examinar las intenciones de los vandeanos, de inspi rarles las más lisonjeras esperanzas, y de



cebar su codicia. Era hombre de carácter afable y de fino talento; y como no se le había ocultado la impresión que causó su estudiado discurso, dió cuenta, cuando volvió á su cuartel general, de que el de Charette se hallaba en la mejor disposición, escepto el mismo Charette. Pero por mucha que sea la autoridad de un general, como depende del voto y opinión de sus soldados, pierde toda su fuerza en el momento que este voto y esta opinión se convierten contra él. Los comisarios creyeron que esta ocasion era muy favorable para empezar las negociaciones; y cuando enviaron á sus delegados las condiciones preliminares que debían proponer, insistieron principalmente en que se les devolviese al jóven Luis, obligándose ellos á tratarle con toda la consideracion que era debida á su edad y á su desgracia, teniéndole solamente como en rehenes para la seguridad de la pa-

cificacion, y prometiendo entregarle, luego que se verificase la paz general, ó al emperador, que era pariente suyo por parte de madre, ó al rey de España, que trabajaba porqué se restableciese la buena armonía entre sus dominios y la república francesa.

Recibió Charette pocos dias despues de su vuelta el oficio sobre la suspension de armas, en el cual se hallaba este artículo secreto, y su contestacion fué en estos términos: « Me conformo con las condiciones propuestas, á excepcion de la que se dirige á poner otra vez en manos del Gobierno frances al hijo del rey Luis xvi, en atencion á que esto se halla fuera de mi poder aun mas que de mi ánimo, pues el príncipe Carlos siete dias ha que no está bajo de mi jurisdiccion. »

Prosigue y concluye Felzac la relacion de los acontecimientos de esta manera.



« No era posible prever el resultado de la empresa , de que me había encargado por mi sincero afecto á la familia de mi rey, y por estar íntimamente convencido de que solo su heredero podía hacer feliz á mi patria. A este sueño, en que se deleitaba mi imaginacion, y del cual se alimentaban mis deseos, sucedió un terrible desengaño que lo desvaneció todo, como si fuera una vana ilusion, y me hizo ver un vergonzoso y sangriento cadalso en lo que yo me había figurado un campo de gloria. Mas ¿ por qué lo he de llamar vergonzoso? Si el destino de esta republica colosal, decía yo á mis solas, la hace triunfar de todos sus enemigos, ¿ por qué los ha de deshonar su mala suerte? He cumplido con mi deber, obedeciendo á la voz de mi conciencia; he desempeñado mi obligacion lo mejor que he podido, y no creo que pueda llamarse culpable mi retirada, á no ser tenido tambien

por infame el desgraciado á quien hiere el cielo con sus rayos. Arrostraré pues la muerte que miro con serenidad: ya la veo como se acerca mas irritada contra su víctima que lo está la misma víctima. ¿ Qué se me daba en efecto, de que la justicia tuviese el disfraz del odio, y de que la espada de las leyes castigase puesta en manos de la venganza? Puedo decir sin el menor escrúpulo, que mi corazon no estaba poseido de otro interes que el del bien público, y que la satisfaccion de haber contribuido á fomentarlo, me servirá de consuelo en mis postreros momentos, así como es hoy dia mi única recompensa.

Pero ántes de salir de este valle de miserias y de lágrimas, en que algunos malvados se disputan el poder, para encadenar á unos pocos desventurados, me acordé de que debía un tierno recuerdo y el último á Dios á la amistad. Pensé tambien, que no era cosa indi-



ferente el justificar con toda autenticidad muchos hechos, que las pasiones han vestido á su modo, y que el espíritu de partido ha alterado y desfigurado de manera que apenas se les conoce. Con el dinero, que es siempre el medio mas poderoso, logré hacer llegar á manos de Cipriano mi carta; y aunque escribí á un amigo, fuí tan exacto como si trasladase un hecho á la posteridad por medio de la historia.

Luego que Charette, decía yo á Cipriano en mi carta, dirigió su respuesta al parlamentario de los representantes comisionados, me encargó que trocase la barquilla que tenía comprada por una corbeta, que pudiese emprender un largo viage. Era su intencion embarcar en ella al príncipe, á quien yo debía servir de maestro y compañero, sin que dejasen por eso de venir con nosotros la aya, la duquesa de<sup>\*\*\*\*\*</sup>, su esposo y sus hijos. Verificóse cuanto deseaba el

general en ménos de ocho dias. Para no detenernos en menudencias y llegar cuanto ántes á los sucesos principales, te diré solamente, que en este tiempo compramos, aparejamos y aprestamos el buque, que nos debía conducir, con bandera neutral de una potencia del norte, á una isla de la América septentrional, dependiente de los Estados Unidos.

Todo nos había salido bien, y nos daba las mejores esperanzas para lo venidero: el cielo claro, el mar tranquilo, la embarcacion sana y velera, el consuelo de huir de un pais bárbaro, y el mayor todavía de encaminarnos á un retiro pacífico y poco conocido. Maravillado Carlos de la formidable vista del espacioso océano, se entretenía con gusto en el embeleso que le causaba esta nueva impresion. El rubio Febo que comenzaba á descubrir por el oriente su dorada madeja, alegrando á los morta-



les y matizando las saladas ondas con sus benéficos rayos; el vasto horizonte cuajado de los vistosos arreboles, con que el sol hermosaba una infinita variedad de nubes; la agitacion de las olas, que ya se deslizaban blandamente unas sobre otras, ya encrespándose un poco mas, mecían de continuo el bajel; cada cosa en fin, cada particularidad ofrecía al príncipe un nuevo cuadro, y abundante materia para discurrir y reflexionar.

Caminábamos así felizmente, cuando una mañana, despues de haber deshecho el sol la cerrada niebla que el aire oscurecía, descubrimos un barco, que era de la república, segun lo indicaba su bandera tricolor, que distinguimos cerca del medio dia. La fragata, pues lo era en efecto, se nos fué acercando poco á poco, y al rayar del otro dia ya nos tenía á tiro de cañon. La bandera dinamarquesa con que navegábamos,

nos protegía bastante para que no tuviésemos ningun temor; y por lo mismo despues de haberles saludado con tres cañonazos, segun costumbre, nos largábamos para evitar que nos conociesen; pero una terrible descarga, que por poco derribó é hizo astillas el palo mayor, nos dió á entender con qué clase de gentes las habíamos. Segun las apariencias eran unos piratas; pues ya sabes que un decreto ha legitimado y fomentado este latrocinio, conocido con el nombre de armamento en corso. Mas ¿cómo habíamos de pensar en hacer resistencia? y ¿qué sería de nosotros, si nos entregábamos? Un corsario que había violado los derechos de la guerra y de las naciones, hasta el extremo de hacer fuego á una bandera independiente, ¿tendría la honradez de proteger, ó de no perder cuando ménos, vender ni sacrificar al hijo de su rey? ¿Qué se podía esperar de un hombre, á quien la



codicia hacía atropellar los mas sagrados privilegios, esponiéndole al castigo y á la infamia, si se descubría su atentado? Entre tanto que estábamos deliberando, si cederíamos al rigor de nuestra estrella, ó si podríamos hacer una resistencia regular, nos gritaron los del bajel enemigo que amainásemos, si no queríamos experimentar los males de un abordage. El arrogante tono y las expresiones injuriosas con que nos lo dijeron, puso fin al instante á nuestra irresolucion, y nos llenó de despecho. Resolvimos pues defendernos con brio, y arriesgarnos á perecer, puesto que no era la muerte lo peor que nos pudiera sobrevenir. Contestamos de repente con una andanada, á que siguieron sin intermision otras tres, que no solo hicieron gran daño al enemigo, sinó que le sorprendieron sobre manera, por la idea que la debilidad de la corbeta le había dado acerca de nuestros medios

de defensa. Vuelto sin embargo de su asombro, nos cargó con fuerzas tan superiores, que nuestra desesperada resistencia probaba mas la imposibilidad de sostenerla, que nuestro valor; pero conseguimos con ella ganar algun tiempo, del que me aproveché con tanta serenidad como buen éxito. Cárlos y los dos hijos de la duquesa estaban encerrados con su madre dentro de la cámara del capitan, aguardando temerosos el resultado de la accion. Cuando ya iba á decidirse, y no nos quedaba esperanza alguna de salvarnos, entré yo, y no ocultando á madama de\*\*\*\*\* el peligro que nos amenazaba, hice que vistiese á su hija en trage de hombre. Había yo calculado, que esta mutacion podía desvanecer ó entorpecer á lo ménos las sospechas, en caso de un accidente imprevisto. Así que estuvo todo arreglado, hice arriar bandera, y la fragata, cuyos fuegos habían cesado, nos mandó el bo-